# El problema del amor en el ambiente universitario

Por la Dra. Juana Capdevielle
Doctora en Filosofía y Letras

Señores:

Sería inútil que yo pretendiera disimular mi profunda emoción de hablar en un lugar donde tantas voces autorizadas se han oído, y hablar precisamente de un tema tan amplio como éste de "El problema del amor en las juventudes universitarias".

Cuando me propusieron por vez primera que diera esta conferencia, sentí un impulso doble y contradictorio: entusiasmo y temor. Entusiasmo, por tratarse de un asunto para mí tan interesante; temor de mi incapacidad para tratarlo. Ofrecí pensarlo, y a los pocos días a mi entusiasmo venció mi temor. Quise hacerlo comprender a los organizadores; hablé de mis escasos estudios de la materia, de mi poca autoridad... A lo primero se me respondió que no me pedían un trabajo técnico, científico, para lo que servirían más bien otros cursillos de estas Jornadas; a lo segundo, que los maestros tenían ya su lugar señalado en las mismas, y que lo que en este caso se deseaba era la opinión de una persona joven, la visión que de estos problemas podía dar una mujer universitaria de la... penúltima generación.

En vista de esto, acepté; acepté porque aunque yo ya desgraciadamente he abandonado las aulas universitarias en calidad de estudiante, a la Universidad he vinculado mi vida por medio de mi profesión y porque aunque creo todavía firmemente que cualquier otro universitario o universitaria de hoy desarrollarían sin duda este tema mucho mejor que yo, tengo también la íntima convicción de que ninguno habrá aportado a esta cuestión una más preferente atención, una más dolorosa atención, un interés más hondo y más angustiado. Doloroso y angustiado, porque todo esto: el amor, la familia, todo esto que debiera ser nuestra alegría,



nuestra tranquilidad, se ha trocado, para cuantos hemos tenido que formarnos, para cuantos hemos nacido a la vida del espíritu en ese turbulento, turbio período que se llama la postguerra, en un espantoso problema, en un auténtico tormento, y en múltiples casos ha constituído nuestro definitivo fracaso vital.

La moral vieja se resquebraja, se derrumba; la moral nueva no se nos aparece todavía clara y segura; y así, los que tuvimos que elegir en tan vacilante momento una norma de vida, hemos dudado todos, se han salvado algunos y se han hundido los más.

¿Qué tiene entonces de particular que ni uno solo hayamos podido eludir el pensar en todo esto con angustia y con dolor? Por eso acepté venir a hablaros de ello, pues creí que honradamente podía hacerlo, ya que no es en mí una inquietud improvisada, sino que se trata, nada menos, que del problema básico de toda mi generación, que hoy vengo a exponeros sin más pretensión que hacerlo con toda valentía y sinceridad.

Queda, pues, establecido que yo no voy a aproximarme siquiera al aspecto técnico, científico de la Eugenesia; voy solamente a exponer cuál es, a mi ver, la actitud de la juventud universitaria española actual en la cuestión más importante que la vida le plantea: el problema sexual, el amor, el matrimonio.

Y para poder estudiarlo con la máxima claridad, juzgo necesario dividir esta conferencia en tres partes:

1.ª Cómo desenfocan este problema los hombres.
2.ª Cómo lo desenfocan las mujeres.
3.ª Cómo debemos enfocarlo los jóvenes auténticos y sinceros.

Y, lo confieso, no me agrada esta previa separación de sexos análoga a esa disposición, que siempre encontré grotesca, de algunas iglesias españolas: los caballeros a la derecha, las damas a la izquierda. Si algo, creo yo, debemos procurar fervorosamente los jóvenes, es acabar con todo eso; idénticos son los problemas que la vida nos plantea a ellos y a nosotras: ¿por qué no hemos de afrontarlos juntos? Lo mismo ellos que nosotras debemos hoy: trabajar, estudiar, amar, criar nuestros hijos. ¿Por qué, entonces, la Agrupación de mujeres, la Asociación de hombres, el Club masculino y el femenino?

Pero en este caso no hay más remedio que empezar así, por separado, precisamente para lograr al fin la deseable identificación; no en vano se han empleado hasta hoy palabras guerreras en la terminología del amor: la conquista, el cerco, las flechas. Antagónica ha sido la posición del hombre y la mujer en la vida; estudiemos ahora los reductos

en que una y otro se ocultan, para pensar después cómo se pueden abatir las murallas que los separan, a fin de que en lo sucesivo caminen de la mano.

Y, antes de empezar a hablar del problema masculino, necesito hacer una advertencia leal: yo soy mujer y, además, mujer muy satisfecha de serlo. Ese complejo de inferioridad que ha impulsado a tantas mujeres a imitar los usos, vestidos y gestos masculinos, yo no lo he sentido nunca. Ni siquiera la espléndida disertación de hace unos días de vuestro maestro señor Nóvoa Santos ha podido hacerme comprender la inferioridad femenina, la desgracia de ser mujer, y creo que el destino de ésta en el Mundo es algo tan maravilloso que si yo hubiera de vivir otra vida y me preguntasen previamente mi opinión, pediría resueltamente volver a ser mujer.

Esto, para el caso concreto de mi conferencia, tiene sus ventajas y sus inconvenientes y, por de pronto, no me permite sentir los problemas masculinos tanto como haría falta para hablaros de ellos con cierta profundidad, ya que sólo han llegado hasta mí de un modo reflejo: bien por lo que de rechazo significaban para la mujer, bien por lo que de ellos me han hablado mis compañeros de juventud; pero, naturalmente, yo no los he vivido.

Hecha esta aclaración, entremos resueltamente en el tema empezando por hacer un poco de historia: ¿Cuál ha sido, en general, la posición del hombre tradicional ante la mujer? ¡Ah!, esto dependía casi siempre de los propósitos ulteriores del caballero que, generalmente, eran de dos tipos: o se iba a divertir o se iba a casar.

El hombre que se iba a divertir, naturalmente, busca, adula, corteja a las mujeres fáciles, las que le pueden proporcionar diversión sin costarle preocupaciones, y si tropieza con la muchachita inocente, la ingenua, o bien la que se defiende, la trata con ironía, con una cierta condescendencia semi-despectiva, semi-protectora y se va: en aquel momento no le interesa.

Pero este hombre un día se cansa de la vida agitada que lleva: ha cumplido treinta, treinta y cinco años, siente *la obligación* de fundar un hogar, de crear una familia, y entonces el panorama femenino cambia radicalmente: ya no interesan las mujeres fáciles, ya no gustan "las que no tienen prejuicios". Ahora hay que buscar a la niña buena e ignorante, cuanto más ignorante más buena, puesto que, si no sabe nada, no sabrá desde luego que puede engañarle; que la lealtad de las mujeres hasta ahora, aparte las rejas, no ha tenido más defensa que ésa: la ignorancia.



Esta ha sido, con ligeras variaciones de matiz, la trayectoria normal seguida hasta ahora por el hombre medio español.

Pero había también el hombre ecléctico que a la vez cultivaba la novia pura e ideal y el amor mercenario, o la esposa santa y buena junto con las mil aventuras más o menos limpias, llegando a esa cosa monstruosa tan frecuente en España, de divorciar totalmente el amor material del espiritual, si hay amor digno de tal nombre que prescinda de uno u otro. Este tipo, muy de tópico por lo mucho que lo ha cultivado cierta literatura, consagraba el incienso y un altar a la mujer legítima o la prometida oficial, y la juventud, la salud, la pasión y el entusiasmo a todas las demás. Todos recordaréis el personaje de Benavente, cuya mujer se da, además, por muy satisfecha, el día en que, gastado, explotado y despreciado por las otras vuelva a ella—¡qué remedio!—ya que no le queda nadie que le haga caso, y ella entonces exclama con voz declamatoria: "¡Mis rosas de otoño!..."

De aquí, dando sólo un paso más, nos enfrentaríamos con otro ser muy interesante: el conquistador. Yo de éste no me atrevería a hablar, ya que su estudio magistral ha sido hecho, con datos que no están a mi alcance, por el doctor Marañón y otros ilustres médicos; pero sí querría analizar sólo de pasada un tipo de Don Juan, no español, que me he encontrado recientemente en un libro, casi desconocido, del filósofo danés Sören Kierkegaard. Este libro posee, por de pronto, un título sugestivo: "Diario de un seductor" y un contenido muy interesante, cuyo conocimiento yo me atrevería a recomendar a todas las mujeres, prohibiéndolo, de paso, a todos los hombres: se trata de toda la trama urdida por un Don Juan nórdico: intelectual, frío, calculador, no para enardecer los sentidos de una mujer, sino algo mucho peor: para apoderarse de su espíritu, de su corazón, de su inteligencia. Y cuando ella, que es una muchacha delicada, sensible, noble y sincera, está dispuesta a caer en sus brazos, nuestro Don Juan, profundamente disgustado, vuelve la espalda y pone este único comentario a la dolorosa historia de un amor muerto ya para él: "Una muchacha que se entrega es una flor que ha perdido su aroma."

Para comentar esta historia haría falta mucho más tiempo que el corto espacio de una conferencia; pero ya que no puedo estudiarla como se merece, prefiero dejarla ahí sin comentarios para que vosotros se los pongáis por vuestra cuenta.

Y con esto pasamos a ver cómo han evolucionado estos tipos en la juventud de hoy.

Hijos de quienes entendían de una manera tan pintoresca la moral,

los jóvenes del día se han oído decir en todos los tonos, que hay que empezar a divertirse muy pronto para demostrar que se es muy hombre. Como, por otra parte, no conciben otra forma de diversión que la que les han inculcado esos absurdos padres, resulta, pena da decirlo, que gran parte de ellos cultivan, cómo sus antecesores, ese que llamaré—permitidme el eufemismo—amor de tarifa, en el que van a dejar su salud, embotar su sensibilidad y agostar sus ilusiones. Claro está que este amor —hay que llamarlo de alguna manera—tiene sus ventajas que yo reconozco: por de pronto, no crea responsabilidad (¿quien se ha planteado por un solo momento el problema de la parcela de responsabilidad que le corresponde en el gran crimen colectivo que se comete con la prostitución?). Además, da la ilusión de esa supremacía de que tan celosos se muestran muchos hombres, ya que, frente a pobres mujeres embrutecidas, las mínimas cualidades de inteligencia, de finura, de sensibilidad, adquieren proporciones apoteósicas. Por último, no origina complicaciones sentimentales. Es decir: este hábito se dedica a cultivar tres reprobables defectos: la comodidad, la vanidad, la irresponsabilidad.

Pero hay también el hombre cuya relativa sensibilidad le ha permitido ver lo que hay de depresivo en el amor de tarifa, y éste, que es una derivación moderna del conquistador, resulta un ser divertidísimo, cuya fantasía ha creado ese mito: la mujer que unos llaman "moderna" y otros "intelectual", espejuelo ante el que han sucumbido y sucumben tantas incautas. Su razonamiento, con mayor o menor variación, según la elocuencia del que lo emplee, viene a ser poco más o menos éste: "¿Recato? ¿Dignidad? ¿Continencia? ¡Bah, bah! Usted es una mujer moderna, intelectual, y debe comprender que eso está bien para las tontas, las antiguas. Hoy la vida es otra cosa: hay que divertirse; ¡ah!, porque ¡el placer!, ¡el amor!... etc., etc...", y siempre volvemos a lo mismo: hay que divertirse, hay que distraerse, es decir, hay que dispersarse, aturdirse, perder uno de los más hermosos valores humanos: la intimidad. He dicho que es éste un tipo divertido, y aún olvidé decir que, a veces, es de una ingenuidad inverosímil: es de ver la cara absorta con que ante la negativa, no ya indignada, sino simplemente despectiva, de una mujer responsable, exclaman contristados: "¿Pero, cómo, si es usted una mujer moderna e intelectual, tiene usted el valor de rechazarme?" Y dan ganas de reírse y contestarles: "Por una razón aplastante: que es usted muy feo y muy poco interesante".

Añadamos, para completar el cuadro, que estos caballeros, cuando se casan, da la casualidad que siempre lo hacen con las "tontas", las "antiguas". Es decir, que mientras se trataba del placer y del "divertirse",



estaban muy bien las intelectuales, pero cuando se trata de dar su apoyo moral, su sostén, su ayuda, ese sostén, esa ayuda que todas las mujeres, aun las más emancipadas, llegan a necesitar, a buscar, entonces ya no sirven esas intelectuales que tan ingenua y generosamente les dieron lo mejor de su juventud y de su vida, porque les inspiran más confianza las que, por no haber aprendido a divertirse, no parece que serán capaces de marcharse con el primer conquistador que les salga al paso.

Y, ante ejemplos tan desconsoladores, sólo cabe una amarga reflexión: el hombre joven español no se ha enterado de lo que significa una nueva moral más limpia, más sincera, más responsable. No se ha enterado, pero... se aprovecha. La falsea para su conveniencia, mientras en las cuestiones que él siente más íntimamente ligadas a su vida, sigue aferrado a los viejos prejuicios, a los rancios convencionalismos. Claro está, a mí no me duelen prendas, que existen las excepciones, tanto más honrosas cuanto más excepcionales, del hombre que se acerca a la mujer con buena fe, con lealtad; del que no considera el amor como una guerra, donde todas las trampas y emboscadas son de buena lid; del que puede equivocarse, pero que no engaña y sabe que el amor es algo más que el placer, y la emancipación femenina algo menos que el libertinaje; pero ¡se trata siempre de casos tan excepcionales!

Y con esto pasamos a la mujer, y también aquí vamos a echar una ojeada retrospectiva.

Dirijamos nuestro telescopio psicológico hacia atrás. Supongamos que en un proyectil, cuya velocidad supere a la de la luz, llegamos a una lejanísima estrella, desde la que contemplamos el panorama que ofrecía la Tierra hace unos cuantos siglos. Enfoquemos nuestra lente, y veamos un cuadro: Una gran sala, arcos ojivales, ventanales policromados, sillones de madera ricamente labrada. La asamblea la componen sabios y doctos varones de bordadas mitras o toscos sayales. Se discute un tema apasionante: la mujer. Todos los concurrentes conocen los recursos dialécticos que les brinda la Escolástica, y todos ellos van armados de las Sagradas Escrituras y tienen un máximo interés en no salirse de ellas, no sea que el Santo Oficio se lo haga pagar caro.

En la asamblea hay—llamémosles por su nombre moderno—feministas y antifeministas. Oigámosles: "La mujer fué creada en último término, es decir, en ella alcanza la obra divina su mayor perfección". "No —responde otro—, Dios la hizo de los desperdicios de la Creación, como el alfarero con los restos de tierras, con que compuso sus más bellos vasos, fabrica un monstruoso y deforme puchero". "La mujer es fuente de pecado: Eva fué la perdición del género humano". "La mujer es fuen-

te de gracia: María salvó a la humanidad". Sigue la discusión hasta que por fin surge el energúmeno: un espantoso y espantable Gratien Dupont, que, frenético, enfurecido—aquí del psicoanálisis y del complejo de represión—exclama: "La mujer es una costilla del hombre; pero éste, al final de los siglos ha de resucitar en la integridad de su forma primitiva; por tanto, recuperará todas sus costillas ¡y no habrá mujeres en el Paraíso!"

Esto a mí no me causa risa. Pienso, con pena, que lo decían quienes se llamaban discípulos de Jesús, que consideró mejor parte, aun para la mujer, la inquietud espiritual de María que las preocupaciones caseras de Marta.

Pero el espectáculo de los vociferantes frailes resulta en extremo desagradable; apartemos nuestra lente y enfoquemos otro cuadro. Aquí todo es más distinguido: suave música, perfumes, palidez elegante, patillas románticas, miriñaques y chorreras de encaje. En la reunión hay, esta vez, mujeres: pasean lánguidas e indolentes; los hombres las miran rendidos o desesperados. Oímos murmurar: "Vanidad, llevas nombre de mujer", o bien: "Ese ser infernal de alma tullida, a quien llama mujer el necio mundo". Algunos contemplan el emblema de una célebre dama: una veleta con la divisa: "No cambio, cambian". Un grupo de sabios define: "La mujer es un ser con caracteres específicos e imbecilidades también específicas", y por fin un solitario, altivo filósofo, exclama: "Dos cosas quiere el hombre verdadero: el peligro y el juego. Por eso quiere a la mujer, que es el más peligroso de los juguetes". Y luego añade: "¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!"

Dos cuadros, dos siglos, el XIV, el XIX. Poned en medio años y más años de engaño, de mentira, de insustancialidad: "Marta la piadosa", de Tirso; "Las preciosas ridículas", de Molière; Madame Bovary. Y como reverso de la medalla: la Rosina de "La rosa de los sueños", mistress Alburtnoth de "Una mujer sin importancia". Es decir: el desprecio absoluto y el ataque sistemático, o la exaltación de la insinceridad, de la inutilidad, de la estupidez, mientras las mujeres sinceras y valientes son perseguidas y puestas al margen de la sociedad.

Pero, súbitamente, casi sin transición, las condiciones de vida de la mujer cambian radicalmente: llega un día en que se redime por el trabajo y se convierte en una realidad cotizable. Lucha, estudia, gobierna al lado del hombre. Siente que su inteligencia no es un valor despreciable, que sus valores vitales adquieren una importancia insospechada; es decir, que en el corto espacio de veinte años recorren las mujeres varios siglos, y se encuentran, con relación a sus madres, a una distancia infinitamente mayor que la que media entre éstas y sus abuelas.



Y entonces, ¿qué pasa? Lo fatal, lo irremediable. Como el chiquillo que, preso por mucho tiempo en un cuarto oscuro, al encontrarse en medio del campo, corre, salta y grita por el solo gusto de comprobar que tiene voz, y piernas, y músculos; como el pobre hombre que en su vida poseyó nada y súbitamente se encuentra dueño de millones, la mujer de hoy, nueva rica de la vida, se ha entregado desenfrenadamente a una desenfrenada orgía vital, y lo mismo que ese pobre hombre en su afán de imitar a las gentes distinguidas resulta ridículo y amanerado, ella, en su afán de imitar al hombre, sólo consigue caricaturizarlo. Recorrer en veinte años casi veinte siglos, supone un exceso de velocidad, incluso para la época de la recordmanía, y justifica el mareo, el vértigo.

No necesito advertir que yo aquí me refiero a las mujeres que de un modo u otro han reaccionado ante los nuevos usos, las nuevas modalidades, porque, en realidad, hay todavía muchas, muchísimas, que pertenecen al siglo pasado, aunque su partida de nacimiento afirme lo contrario e, incluso, a pesar de sus títulos universitarios. Pero éstas, desde luego, no nos interesan. Náufragos de un siglo, perdidas en otro, su destino no es envidiable: la vida, que no se detiene, las arrolla, las arrastra, las aniquila. Las otras, las que, más o menos bien, se han enterado, ofrecen muchísimas variantes, que vamos a reducir a tres principales: la hipócrita, la inconsciente y la consciente.

La hipócrita tampoco nos interesa: víctima siempre de la cobardía, tiene en sí misma, en el ahogo que su propia máscara le produce, su mejor castigo.

En cambio, dedicaremos nuestro máximo interés al examen de la inconsciente, porque ésta es nada menos que ese tipo que, según ya he dicho antes, se ha dado en llamar "mujer moderna".

Y como en esto de la mujer moderna hay también muchas diferencias de matiz, para no alargar excesivamente este recorrido, voy a sintetizar los dos más importantes en dos figuras sacadas de la literatura.

Primera—la, para el buen burgués, menos peligrosa—. Tomemos una obra estrenada no hace mucho en Madrid. Su autor ha creído, ingenuamente, que en ella nos presenta el modelo perfecto de la muchacha "dernier cri", como en otras obras suyas nos presenta los hijos modernos, los padres modernos, la esposa moderna y otras modernidades, todas del mismo calibre...

La protagonista no es universitaria, sino que pertenece a la clase aristocrática; pero, como representa bastante bien este tipo de mujer

medio intelectualoide que hoy se estila, voy a servirme de ella para que me entendáis más rápidamente.

Matty es niña "bien" por los cuatro costados, y tiene ideas tan claras como ésta: "Cuando se viaja por país desconocido, se compra el Bædeker. Marañón es para mí eso: el Bædeker del matrimonio". Y gustos tan refinados como los que manifiesta así: "Mi autor favorito es Dekobra. ¡Esa Madona de los coches-cama"!"... Además, afirma que ella es muy franca y dice siempre la verdad, pero luego se deja escapar: "¿Estar enamorada? ¡Una cursilería! Hay que cuidarse para que no salga el corazón, porque ya no se lleva".

Pues bien; Matty se va a casar con un marqués de no sé cuántos; pero, entretanto, coquetea descaradamente con un bailarín profesional, con el cual no piensa siquiera en casarse; pero, como le gusta, le atrae y le interesa, se sirve de él para divertirse. Luego, todo acaba como en los cuentos: el futuro marqués de Matty era, precisamente, el bailarín, y se había hecho pasar por tal para probar su virtud, y como resulta que ella se ha defendido bastante bien y no ha cometido ninguna tontería irreparable, se casan.

Es decir: se casa él con la muchacha sedicente moderna, que ya le ha engañado dos veces: como bailarín y como marqués. Y ella, ¿qué diremos de ella?, que no le parece mal enloquecer a un pobre chico y luego casarse con otro que no sabe quién es; y esto no está mal, simplemente porque la cosa no ha pasado a mayores, y ella cree que no es inmoral entregar al segundo una más o menos averiada virginidad espiritual.

Creo que todos entenderéis a quién me refiero: a esas que llaman en francés "demi-vierges", a esa profesional del flirt, cuya frialdad le permite bordear en todo momento la aventura definitiva, sabiendo en todo momento *hasta dónde puede ir*... Y esto no es tolerable, esto no es admisible: en amor se va o no se va; lo que no se puede hacer honradamente, limpiamente, es quedarse a la mitad del camino.

Y lo mejor es que este tipo de mujeres, ante el escándalo de los demás, afirman con suficiencia: "Tú no entiendes esto. Tú eres del siglo pasado".

Pero, ¿es que pertenecen ellas a otro siglo que al eterno de la estulticia humana? Seres extemporáneos, que se han enfundado como un uniforme las apariencias de las costumbres modernas. La apariencia nada más, porque, en el fondo de estas muchachas seudo-modernas, no hay ninguna novedad, sino sólo el fantasma de la mujer antigua: prejuicios, cobardía, insinceridad.



Mas dejemos ya este poco estimable tipo, y pasemos al otro de mujer inconsciente.

Esta, por lo menos, tiene una virtud: la sinceridad. Esta va hasta el fin, no regatea; pero veamos qué hay en ella de modernidad.

El ejemplo literario de que me voy a servir es la archifamosa y archidiscutida novela "La garçonne".

Dicen muchos que han leído la novela, que es ésta un alegato en favor del más desenfrenado libertinaje en la vida amorosa femenina, y a los tales yo me permitiría asegurarles que no la han leído hasta el fin; porque aunque en sus páginas abunden pasajes de un realismo para mí excesivo—esto, por lo demás, es sólo un criterio estético personal y desde luego discutible—, la idea dominante en ella es presentar las lacras de la sociedad de la postguerra, de modo que sólo pueden inspirar un profundo desagrado. Recordemos brevemente el argumento: Monique, que se ha mantenido pura y limpia en medio de la abyección de todas sus amigas, descubre la víspera de su boda que, lo mismo para sus padres que para su novio, ella no representa más que un valor económico en no sé qué combinaciones financieras. Horrorizada, huye de su casa, y, de escalón en escalón, va cayendo en toda clase de aberraciones, hasta llegar a ser una más en la caravana de amigos antiguos, cuya depravación ella había despreciado tanto. Sin embargo, su espíritu elevado le ha reprochado cada día, cada nueva claudicación, y, por último, un día tropieza con un hombre generoso y comprensivo, que la ayuda a rehabilitarse y la redime con su amor. La novela termina cuando la protagonista, dejando crecer simbólicamente sus cabellos, que llevaba cortados como un hombre, abandona su "garçonnière" y organiza su hogar pensando en los hijos futuros.

Este es el tipo de mujer moderna o intelectual que tanto explotan algunos, y notemos que un escritor, no precisamente moralista, nos la presenta como una aberración, consecuencia de un trauma psíquico violentísimo, y acaba redimiéndola por un amor, libre si queréis, sin previo juzgado, ni vicaría, pero un solo amor, de un solo hombre, con un hogar, unos hijos en perspectiva...

Si esto lo entiende así nada menos que Víctor Margueritte, ¿cómo es posible que haya gentes dedicadas a predicar que lo deseable es que la mujer llegue a parecerse a ese tipo que, ni entre los hombres, es digno de imitación?

Y a esto le llaman, además, "mujer moderna"; sin embargo, ni Mesalina, ni Thais, ni Ninón de Lenclos son tipos precisamente de ayer.

Estos casos—digámoslo de una vez—serán justificables ayer, hoy y

mañana como casos patológicos, desviaciones del sentido recto, normal del instinto; pero querer hacer de ellos la norma de toda mujer intelectual y moderna, me parece una monstruosidad que los hombres cultivan por comodidad, y en la que las mujeres caen por inconsciencia.

Y naturalmente, cuando entre tantas neuróticas, hipócritas y cobardes surge una mujer sana, sincera y responsable, que a todo trance quiere mantener su libertad, pero que tiene conciencia de su dignidad; que busca afanosamente las alegrías que la vida pueda darle, pero que no rehuye los deberes que le impone, su situación es poco menos que insostenible: unos la tachan de atrevida, otros de timorata; en la derecha la llaman cínica y en la izquierda hipócrita; y si los que la halagan consiguen ganar su confianza, luego, más tarde, la dejan para casarse con la burguesita tradicional, sin comprender que es de entre éstas que surgió Madame Bovary, y que una mujer consciente y responsable es precisamente la que no engaña, porque podrá dejar de querer, pero no es capaz de mentir, pues la que siguió en su vida una trayectoria de limpieza podrá abandonar a su marido, pero no llega nunca a la odiosa promiscuidad del adulterio.

Y, examinado el cuadro de lo que nos queda como supervivencia, más o menos disfrazada, del pasado, tenemos que ver cómo nos colocamos ante la vida nosotros, los que nos sentimos auténticamente jóvenes, y los que, además, somos universitarios y tenemos por eso mismo un poco la responsabilidad del que va delante, en la vanguardia, y debe ser norma y guía para la conducta de los demás.

Y, lo primero, nos encontramos con una frase que se oye muchas veces entre la gente joven: "Hay que acabar con los prejuicios". Y yo me pregunto: "Y eso, ¿qué es?" Porque hasta hoy no me ha sido posible averiguarlo exactamente: siempre he observado que se atacan unos prejuicios en nombre de otros prejuicios no menos absurdos. La actitud vital, natural y espontánea no se encuentra por ninguna parte. El subsuelo de cada individuo está poblado de tópicos, frases hechas, fantasmas, filias y fobias, producto, por una parte, de una educación invariablemente unilateral: racional o sentimental, espiritualista o materialista; por otra, de la reacción del individuo, víctima de cualquiera de estas educaciones, ante la realidad que el mundo le presenta. Por si esto fuera poco, los médicos habéis venido a complicarlo con el psicoanálisis y la endocrinología, y los escritores han entrado en el campo de la ciencia para poetizar los casos patológicos. Si con todo esto los jóvenes de hoy no nos hemos vuelto todos locos es que, sin duda, tenemos un genio tutelar.

El hecho cierto es que, nadie, hoy en día, puede afirmar con verdad



que no tiene prejuicios: todos, desgraciadamente, los tenemos de una u otra índole. En esto pensaba yo precisamente el otro día, oyendo desde uno de esos bancos, la conferencia de Sender. Nos hablaba éste, con certeras frases, de cómo la absurda formación religiosa que se recibe, en general, produce desviaciones, perturbaciones graves del carácter y preconizaba como remedio la vuelta al instinto normal, al solo instinto. Y yo me decía: "Bien; pero aun suponiendo que sea ésa, en efecto, la solución, a nosotros ya no nos sirve, nosotros llevamos ya dentro el virus, nosotros estamos ya intoxicados por todos los complejos que entre la confesión, el demonio y la monomanía de represión, con otros ingredientes, han ido formando nuestra personalidad; y si es verdad, como afirman los psiquiatras, que las primeras impresiones son las que perduran y deciden de la vida entera, que nadie puede liberarse completamente de ellas, si es verdad esto, resulta que predicamos la vuelta al puro instinto, es lo mismo que pretender aliviar al enfermo incurable ordenándole que se vuelva sano." ¿Entonces? ¿Dejarse morir? No; sino, sencillamente, reconociendo esa humilde verdad de nuestra inevitable complicación, partir de esta base para hacer las cosas lo mejor posible.

Y empezar, muy principalmente, por no atormentarnos con esta idea. Aceptarla, sí; pero sin complicarla; es decir, no dedicándonos a rumiarla—valga la expresión—hasta acabar por hacer de ella el tormento de nuestra vida toda; que esto es precisamente lo que hacen los mejores, los que tienen sensibilidad, los que rehuyen las soluciones fáciles a que antes me he referido, y que, al verse solos, al ver, si tienden la vista en torno, que nadie les acompaña ni les ayuda, creen que no hay solución limpia ni honrada, y poco a poco van nutriendo la ya numerosa legión de seres desvitalizados que pasan junto a las cosas bellas y buenas que la vida les ofrece, distraídos, indiferentes, sólo atentos al tormento que les producen sus complicaciones psicológicas, sexuales, éticas y sociales.

Aceptar, repito, la idea de nuestra inicial desorientación, pero no para someterse a ella, sino precisamente para combatirla.

Y en esto hay que reconocer que las mujeres vamos más adelantadas: llevamos la indiscutible ventaja del campo yermo sobre el campo sembrado de ruinas; la reconstrucción será siempre más fácil en aquél que en éste; y como las mujeres hasta ahora sólo hemos sido, en general, tontas e ignorantes, tenemos menos complicaciones que los hombres. Estos, para empezar, tienen una terrible: la desintegración que preconizaba el héroe de Stevenson y que existe de hecho en una gran parte de la juventud masculina de hoy. Asusta pensar que por efecto de ese

hábito tan español y tan monstruoso de la novia ingenua y la aventura, la esposa santa y la amiguita retribuída, se haya llegado a que una gran parte de los jóvenes sientan tan bien diferenciados dentro de sí al míster Hyde y el doctor Jelkills, que todos habréis visto en la reciente gran guiñolesca adaptación cinematográfica: el hombre y la bestia, el espíritu y la carne, las sienten tan definitivamente separados, que no imaginan cómo podrían llegar a constituir una unidad. Recuerdo al muchacho amigo mío que había consagrado una pasión romántica, del mismo orden que la del Dante por Beatriz, a una joven muy bella y muy distinguida, a la que, incluso, creo, no había hablado en su vida: se contentaba con verla de lejos, cada dos meses o tres, y, en los entreactos, se entregaba a las más desenfrenadas orgías. El caso es rigurosamente histórico, y yo podría contaros muchas parecidas historias.

Y esto es gravísimo, esto es sencillamente espantoso. Porque, aunque Sender el otro día arremetía tan furiosamente—demasiado furiosamente, a mi juicio, para ser cosa que no le duela—contra el espíritu y aseguraba muy formalmente que había que eliminarlo del amor, yo no puedo estar conforme con él. Ni aun creo que él mismo quería decir lo que dijo, por cuanto, un poco más tarde, hablaba de simpatía de comprensión. Si la simpatía, la comprensión no son valores espirituales, ¿qué es lo que son? En el fondo se trata solamente de una cuestión de nombre, pero como yo siempre llamé a estas cuestiones valores del espíritu, a mi nomenclatura me atengo.

Pues bien; estos valores del espíritu, de la psique, de lo que queráis, no se pueden eliminar del amor. Notad que no digo que no se deben, sino que no se pueden eliminar. Será, tal vez, otra complicación, otra intoxicación nuestra, pero el hecho es que, los que hemos nacido cuando los aeroplanos surcaban el aire, y aprendimos a hablar con el teléfono en la mano, y a andar con el automóvil o el tranvía a la puerta, no podemos equipararnos al hombre de la Naturaleza. Para nosotros el instinto no puede ser lo que era para el hombre de Cro-magnon, y, si hemos perdido el olfato capaz de anunciarnos la proximidad de la fiera que acosa, o el oído que advierta a larga distancia la presencia del enemigo que persigue, en cambio, hemos, no diré ganado, pero sí incorporado a nuestra realidad vital, una serie de valores que las sucesivas conquistas culturales, éticas y sociales de nuestros antepasados nos han transmitido por la herencia.

Y de esto no nos es permitido prescindir, porque ya constituyen parte integrante de nuestra personalidad.

Por eso, la mujer de hoy que no haya hecho más que asomarse a la cultura, la que haya pasado, siquiera sea de prisa, por las aulas universitarias, tiene que tener en cuenta para la elección amorosa una serie de circunstancias de inteligencia, sensibilidad, instrucción, en relación siempre con lo más o menos desarrolladas que en ella misma se encuentren, circunstancias todas que no podían interesar normalmente a su madre o a su abuela, y que, hoy por hoy, tienen tanta categoría sexual como la buena presencia o el tipo arrogante.



Pero si el hombre, a la recíproca, no ve una integridad en esta dualidad de elementos, si sigue, como hasta ahora, buscando en un tipo de mujer la amiga, la compañera, y en otro la amante, la situación de unas y otras de estas mujeres no resulta muy airosa; mientras que la de él no es muy envidiable tampoco. ¿Qué reposo, qué serenidad puede tener si reparte en dos porciones su personalidad *que es una,* y esto en negocio tan importante para él como es el amor?

He dicho que es éste un problema muy grave, y tal vez no haya dicho bastante: es gravísimo, porque tal duplicación de la personalidad acaba por llevar a una supervalorización del amor, que es de todo punto inconveniente.

Y no vayáis a creer que yo trato ahora de quitar importancia al amor: cuanto acabo de decir es prueba de que no puede ser ésa mi intención. Lo que sí quiero es dejarle su lugar, el que le corresponde, no el que una serie de circunstancias morbosas le van concediendo.

El amor para la Humanidad, además de una función biológica, es una necesidad espiritual del más alto rango; pero sólo una de las necesidades espirituales más altas, no la única ni siquiera la más elevada.

Para mí, el amor es algo así como el sostén de la vida, la base de sustentación del individuo; es decir, que el amor es para éste una cosa tan importante como el suelo que pisa. Nadie, que yo sepa, se suele preocupar demasiado del camino que recorre, de la solidez del piso que le sostiene; nada hay, sin embargo, más importante para un ser humano que el suelo que le permite ir y venir, moverse y actuar. Pues bien; el amor para la Humanidad sería, según este modo de ver, la base, el fundamento, pero nunca el primer plano de la vida.

No hay edificio capaz de sostenerse sin cimientos; son, pues, éstos, lo fundamental de la construcción; pero yo no sé de ningún arquitecto a quien, en vista de su importancia, se le haya ocurrido adornarlos con estatuas o llenarlos de dibujos policromados: basta que sean sólidos y firmes.

Esto es lo que yo pediría para el amor en el futuro: solidez y firmeza. Y una vez que se hubiera echado como cimiento de la vida, un amor

sólido y firme, sería posible olvidarse de pensar más en él y dedicar el entusiasmo a levantar lo que debe de ser el edificio vital: la actuación social.

Pero, como corren tiempos de desorganización, resulta que no se resuelve de una manera valiente y sincera el problema del amor, y éste se venga no dejando a nadie vivir en paz. Falta la solidez en la base, y el individuo, obligado a hacer equilibrios vitales, no puede pensar más que en ese apoyo que le falta y no tiene la serenidad que necesita para atender a los ineludibles problemas morales, intelectuales y sociales, que, en estos momentos de desorientación, tanteo y angustia para la Humanidad le solicitan apremiantemente.

En el fondo de toda personalidad fracasada, dice el doctor Marañón, hay siempre un problema sexual sin resolver o mal resuelto. Y yo me digo que no puede ser otra la explicación de ese espectáculo angustioso que a diario vemos: brillantes inteligencias destrozadas, espléndidos caracteres malogrados, tanta juventud desvitalizada como existe hoy.

Hay, pues, que ir resueltamente a resolver esa cuestión, para que no envenene todas las demás necesidades de nuestra vida.

Y aquí, infaliblemente, nos tropezamos con los moralistas tradicionales que nos dicen: Ya veis que no se puede conmover a la familia; ya veis que no se puede atacar al hogar cristiano, porque en cuanto se toca, viene eso mismo que vosotros reconocéis: desconcierto, incertidumbre, calamidades. El padre, la madre de familia *antiguos no conocían* esos conflictos: vivían tranquilos, pacíficos; se casaban, procreaban y morían en el seno de la Iglesia y en santa paz. Volved vosotros a sus patriarcales costumbres y todo estará arreglado.

Y nosotros, ante esta afirmación, nos quedamos al pronto un poco sobrecogidos y *nos preguntamos: ¿Será verdad? Mas en cuanto meditamos*, sólo un poco, nos encontramos con que no nos sirve el remedio, y que podemos—pensándolo muy poco—oponerle estas tres poderosas reflexiones: Primera. El hombre medio, de todos los tiempos, con amor libre y sin él, con doctrinas eugenésicas y sin ellas, ha vivido feliz y *pacífico, sin hacerse cuestión de nada de lo que llevaba dentro o le rodeaba por fuera.*

Segundo. Los seres pensantes de todos los tiempos han tenido en todos los tiempos conflictos de esta índole, algunos de los cuales han trascendido, y, de los ocultos, los médicos de hoy nos han descifrado muchos enigmas literarios e históricos antes incomprensibles.

Tercero. De todos modos, suponiendo fuera verdad que aquello es el ideal de felicidad humana, para nosotros como si no lo fuera. Y aquí



estamos otra vez con lo que yo decía antes respecto de la solución de Sender; otra vez no voy a discutir si es o no esto lo deseable; sólo puedo decir que a nosotros ya no nos sirve: porque el mundo ha cambiado, porque el punto de vista moral ya no es el mismo, porque los datos que ahora se nos dan para resolver el problema de la vida no son ya los de antes, y ante esta realidad, ya no nos basta ir al gran bazar histórico de las ideas establecidas para buscar un traje adecuado, porque los modelos que allí nos encontraríamos nos vendrían, infaliblemente, anchos o estrechos, cortos o largos.

Yo no me quiero meter a averiguar en este momento si es o no lamentable que las cosas sean así; sólo me importa afirmar que es así como son y por razones un poco más profundas que las que aducen algunos de esos tradicionales moralistas, empeñados en afirmar que todo son maquinaciones de unos cuantos espíritus diabólicos, que quieren acabar con el espiritualismo, "soi-disant", defendido por la tradición. El examen de esto nos llevaría, nada menos, que a plantearnos la insoluble cuestión de si es el genio—social o político—el que guía y conduce a la masa, o bien si es la inquietud producida en ésta la que hace surgir el genio que sintetice y dé forma a sus aspiraciones; y con ella, nos iríamos todos a cien leguas del tema de esta conferencia, internándonos en un terreno filósofico en el que yo no tengo autoridad para penetrar. Sin embargo, os diré que yo creo que la evolución de la Humanidad y sus cambios de orientación son cosa demasiado seria para que se las pueda atribuir simplemente, a la buena o mala fe de unos cuantos individuos, por muy geniales que sean.

En el magnífico curso que sobre Galileo está haciendo ahora Ortega, explicando lo que son las generaciones, ha dicho: "Cada generación al ingresar en la vida se encuentra con una serie de descubrimientos que han hecho las que le preceden y sobre ellos opera; la que luego le sigue tiene por punto de partida las conclusiones de ésta y las vuelve a repensar, poniéndoles algo nuevo donde refleja sus propios trabajos, y así sucesivamente."

Pues bien; nosotros, al ingresar en la vida intelectual, nos hemos encontrado con Freud, Adler, Young; con Unamuno, Ortega y Marañón; nos hemos encontrado con todas las terribles convulsiones de la postguerra, y con que uno de esos fenómenos económicos, que nada entienden de sentimentalismo ni de ideales, había sacado de su casa a la mujer para lanzarla a la lucha por la vida; nos hemos encontrado con las formidables consecuencias de este acontecimiento, y luego vienen a pedirnos que de esta vida que no hemos pedido y que nos ha sido dada

*así*, hagamos lo mismo que hicieron nuestros antepasados que vivieron en un mundo totalmente distinto.

Y no se dan cuenta de que aunque quisiéramos no podríamos hacerlo, pues tratar de resucitar el antiguo hogar indisoluble, con la autoridad indiscutible y férrea del marido, la sumisión animal de la mujer y el aniquilamiento de la personalidad de los hijos es para nosotros tan imposible como lograr que vuelvan a la vía el diplodocus o el mamut.

Ante esto, los espíritus menos avisados nos aseguran que estamos asistiendo a una desvalorización del matrimonio, y esto ya no me parece tan seguro. Y ya sé que ahora vais a pensar que me contradigo; pero espero probaros que no.

Si el matrimonio es sólo lo que era hasta ahora: para el hombre, la adquisición de una ama de llaves gratuita o la satisfacción de un deseo de otra manera irrealizable, aparte la perpetuación del nombre familiar, y otras consideraciones de vanidad por el estilo; y para la mujer, la seguridad de haber encontrado el pan nuestro de cada día, cuando no un editor responsable, si no es más que esto, desde luego, yo os digo desde ahora que está perdiendo valor y que además se lo merece.

¡Ah!; pero es que yo creo resueltamente que la monogamia es la forma más perfecta del amor humano, y que éste, ya lo he dicho, no puede reducirse hoy a la mera atracción física, pues necesita, además —no por encima, ni por debajo, sino, simplemente, *además*—, para subsistir, de ese conjunto de condiciones intelectuales, morales, sentimentales, que constituyen lo que Marañón llama amistad amorosa.

Siendo esto así, yo no veo por qué se va a desvalorizar el matrimonio, sino que, más bien, me parece que vamos a su revalorización.

Advierto que cuando yo hablo aquí de matrimonio doy a la palabra su sentido más amplio: unión de dos seres libres y conscientes que saben que se complementan, y que juntos podrán afrontar la vida, lo mismo en el placer que en el dolor. Lo demás, los trámites previos, son cosas que cada uno puede resolver por su cuenta con arreglo a sus conveniencias sociales o sus ideas religiosas.

Yo sentiría mucho, mucho, defraudaros rompiendo aquí una lanza en favor del matrimonio, o si lo preferís, de la monogamia; pero aunque lo sienta no lo puedo remediar: no he venido aquí a deciros lo que os agrade, sino lo que yo pienso, exteriorizado con toda sinceridad.

Y lo que yo pienso es exactamente esto: que si hemos de servir en la vida para algo útil, si hemos de prestar algún servicio a la sociedad en que vivimos, si queremos conseguir esa serenidad sexual de que antes os hablaba, debemos resolver el problema del amor de una manera estable, firme y normal; y esto sólo es posible con una monogamia rigurosa, cuanto más rigurosa mejor. Y se lo digo a los hombres, porque, si así se lo recomiendan biólogos ilustres, es porque sin duda les es posible, y se lo digo a las mujeres, porque mi íntimo y sincero sentir femenino me lo dicta así.



Las mujeres debemos rechazar por dignidad las trabas, los prejuicios, los grilletes sociales que hasta ahora nos defendían contra toda clase de seducciones; debemos rechazarles por dignidad, pero por nada más, demostrando así que no nos hacían falta para ser honestas y limpias. "La esencia de la feminidad—dice Ortega—es la intimidad; la libertad para la mujer debe ser lo que la espada de honor para el soldado: que se agradece, pero no se usa".

Y de intento he dejado para lo último el problema más grave que el amor nos plantea: la responsabilidad.

Sin duda, os habrá extrañado que dada la índole de esta conferencia y siendo yo una mujer no haya hablado nada de algo tan definitivamente importante para nosotras como es la cuestión de los hijos. Y esto lo he hecho de propósito, porque no quería empezar hablando de deberes, sino únicamente de conveniencias; pero ahora, que ya os he dicho la solución que me parece más conveniente para nuestro problema del amor, quiero hablaros de la responsabilidad que éste nos plantea.

Hasta hoy los hombres mejores, las mujeres más dignas han sido poco menos que irresponsables en la cuestión que nos ocupa. Esto era la consecuencia del sentido guerrero que se daba al amor: se trataba de conquistar una fortaleza o de que ésta adquiriese *dignamente un poseedor*. Para que éste entrara, como debía, por el puente levadizo, la fortaleza tenía múltiples defensas: leyes, rejas, padres, maridos, dueñas y rodrigones. Como atacantes y atacadas sabían que estas defensas existían, no podían plantearse *ningún problema moral*; si la cosa fallaba, culpa era de las fortificaciones, nunca de la fortaleza ni del asaltante.

Pero ahora ya no es lo mismo: la mujer está sola, se encuentra, por decirlo así, abandonada a sus fuerzas en medio de la calle, y sólo de ella depende defenderse o no. Esto debe obligar a ella y al hombre a meditar sobre su propia responsabilidad.

Porque un hombre o una mujer conscientes, que hayan procedido con sinceridad, con rigurosa buena fe, no son nunca responsables, pase lo que pase, una frente a otro; si no ha habido engaño, ambos sabían adónde iban, por qué iban y cómo iban; pero ambos son responsables, mancomunadamente, frente a las consecuencias de sus actos; en este caso: los hijos. Y esto sí que no tiene escape; los hijos que no han pedido

venir a este mundo lo menos que tienen derecho a exigir a quienes les trajeron a él es salud, cobijo, amor y educación.

Hasta ahora esta exigencia sólo podía ejercerse, de un modo radical, frente a uno solo de los responsables: la madre; y aún la sociedad se las arreglaba para que no pudiese responder a ella.

Pero en lo sucesivo ningún hombre ni ninguna mujer deben traer a este mundo un ser, al que no puedan resolver todos los problemas morales, intelectuales, sentimentales y económicos que en él le esperan; y como, por otra parte, cuantos hemos recibido este maravilloso don de la vida hemos adquirido el deber de propagarla, no podemos, no debemos, en ningún caso, plantearnos el problema del amor sin pensar muy seriamente en sus consecuencias.

Y voy a terminar: tengo la sensación de haberos decepcionado. Esto es lo que, irremediablemente, le sucede a quien, huyendo de extremismos, quiere colocarse en una posición de equilibrio y ecuanimidad; pero yo sólo quiero recordaros que no os prometí deciros cosas agradables, sino únicamente hablaros con rigurosa sinceridad. Y esto, tengo la conciencia de haberlo hecho.